



A veces me siento y pienso...



y a veces, nada más me siento

Ser mejores... ¿se puede..., en qué?

Las posibilidades son amplias, podemos pensar que en casi todo se puede mejorar. ¿Y entonces de qué depende que se pueda ser mejor? En primera instancia de uno mismo, si es un solo individuo el que quiere mejorar; y de un colectivo si se trata de un grupo de personas organizadas para un fin y que también quiere mejorar.

El principio fundamental es tener claridad en qué es lo que no se hace correctamente, es decir, identificar plenamente dónde uno mete la pata (hablando coloquialmente). Aunque esto parece simple, no lo es tanto. Sobre todo porque no estamos acostumbrados a hacer un alto después de haber terminado algún trabajo y evaluar los resultados no en función del producto entregado simplemente, sino en función de todo lo que se tuvo que hacer para llegar a tener ese producto terminado.

Algunos ejemplos. La gran mayoría de los estudiantes de cualquier grado, ya sea en grupo o en forma individual, al entregar un trabajo terminado y recibir una retroalimentación sobre el mismo, no son capaces de cuestionarse que fue lo que hicieron mal y que fue lo que hicieron bien. En el mejor de los casos medio entienden que en algo acertaron o que en algo fallaron. Pero no hay una clara conciencia de dónde y porqué. La mayoría de las veces las reacciones de las personas ante el fracaso o el éxito de algo que se emprende son simplemente la lamentación o la celebración según sea el caso. No hay un capítulo para asegurarnos de no cometer los mismos errores si no dimos en el clavo o para asegurarnos de hacer lo mismo si dimos en el blanco. A lo más, queda una sensación lejana y vaga de que se puede hacer mejor o una euforia embriagadora de triunfo.

Hay dos preguntas básicas que debieran guiar la reflexión al final de un trabajo terminado. ¿Cómo hicimos lo que hicimos y por qué hicimos lo que hicimos?

Estas dos preguntas implican dos conceptos medulares: que pasos se siguieron para llegar a

conseguir lo que se quería: **proceso**; y porque se siguieron esos pasos y cómo fue que se hicieron: **evaluación**.

Palabras más palabras menos, el proceso está compuesto de una serie de actividades y una secuencia de ejecución. Intuitivamente todo mundo siempre realiza alguna serie de actividades para hacer algo. Piense y se dará cuenta, el más mínimo objetivo que quiera alcanzarse lleva aparejado una serie de pasos; desde ir al trabajo, a la escuela, al cine, cocinar... hasta el trabajo más complejo. El problema generalmente es que no tenemos esos pasos bien definidos; al no estar definidos, no hay repetibilidad y no se ejecutan de forma efectiva y eficiente.

Si se tiene claridad en los pasos o actividades que se siguieron al obtener un éxito, es fácil lograr más éxitos evidentemente; pero también nos da la oportunidad de evaluar el proceso, corregir y mejorar.

Todo esto viene a cuento por la poca atención que le prestamos a los procesos, sobre todo en el desarrollo de software. La mayoría de nuestras instituciones de educación aún no ponen el acento en los procesos de desarrollo de software. Si bien podemos hablar de buenos o excelentes técnicos o programadores, la debilidad está en la escasa preparación que reciben para involucrarse y seguir procesos; y para realizar trabajo en equipo.

Las instituciones orientadas a la profesión del desarrollo de software necesitamos cambiar de paradigma. Necesitamos generar profesionistas orientados a procesos, claro que sin descuidar el aspecto técnico de la programación.

lfernand@uacj.mx